

LA HISTORIA POLÍTICA EN EL ANUARIO INTERPRETACIONES, OBJETOS Y PERSPECTIVAS ANALÍTICAS

Marcela Ferrari¹

El *Anuario IEHS* celebra sus primeros cuarenta años de vida. ¡Enhorabuena! Nació a poco de andar la reconstrucción democrática, como parte de un prometedor proyecto académico de excelencia que aportó a la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires un grupo de profesionales nutrido por historiadores que volvían del exilio, profesores viajeros –algunos de los cuales se radicaron en Tandil– y jóvenes profesores y estudiantes locales. Bajo el lúcido impulso de su muy activo primer director, Juan Carlos Garavaglia, esta publicación contribuyó a la renovación historiográfica que se produjo a partir de entonces y aportó aire fresco a una profesión detenida, en nuestro país, en viejos modos de hacer historia. El *Anuario* ha publicado resultados de investigación y reflexiones teórico-metodológicas de autores procedentes de universidades y organismos de investigación de Argentina y del exterior, especialmente de los espacios francés y anglosajón, recogiendo las transformaciones de la disciplina. Los equipos editoriales sucesivos siguieron el impulso inicial de esta revista y sostuvieron una política fundada en un trabajo que permitió al *Anuario* atraer a investigadores que publican en él y crecer –al punto que, aunque conserva su sello, es una publicación semestral desde 2016–, posicionándose entre las publicaciones de primer nivel de nuestro país.

Desde sus inicios, contribuyó a desarrollar la que se conoció por entonces como *nueva historia política*, en un contexto historiográfico internacional que coincidía con el agotamiento de las grandes interpretaciones –estructuralistas, funcionalistas o marxistas–. Esa corriente de investigación era propicia al “retorno” de la historia política, ponía en valor el acontecimiento, resaltaba la autonomía de la política y lo político. Buscaba posicionarse para dejar atrás una persistente impronta positivista, centrada en aspectos institucionales y en el relato cronológico, para avanzar en el estudio de múltiples objetos y problemas que hacen a lo político, en distintas escalas. El nacimiento del *Anuario* coincidió con esos cambios y, desde sus inicios, se convirtió en un espacio abierto para publicar artículos de orientación teórico-metodológica o de contenidos enrolados en esa línea, en los que abrevaron distintas camadas de historiadores que encontraron en él lecturas fundamentales y posibilidades de dar a conocer sus avances en investigación.

1 Universidad Nacional de Mar del Plata / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

Comunicar brevemente ese trayecto a partir de una selección de artículos del *Anuario* es el propósito de estas páginas. Como toda selección, es acotada. Recupera dos cuestiones: el desembarco y la expansión inicial de la *nueva historia política*, su continuidad –en menor medida– y algunos de los aportes beneficiosos derivados de la reducción de la escala de análisis. Intento con ello revelar algunos de los caminos transitados por los historiadores y las historiadoras de la política y lo político, signados por una perspectiva que perdura hasta la actualidad.

LA ESPECIFICIDAD DE LO POLÍTICO

En la introducción de su artículo publicado en el número 1 del *Anuario*, María Dolores Béjar enunciaba las principales limitaciones a las que se enfrentaba la historia política a mediados de la década de 1980: era desdeñada su especificidad y se simplificaba su dinámica por subordinación al desenvolvimiento socioeconómico. En consecuencia, quedaba “reducida a la mera narración de acontecimientos y a la descripción de sus protagonistas (...) en términos de conductas orientadas por motivaciones determinadas a priori como: la defensa de la libertad, la democracia o en caso inverso, el autoritarismo, el fraude, ambigüamente vinculadas con otras circunstancias históricas” (Béjar 1986). Volveremos más adelante sobre el contenido del texto, pero interesa destacar que tanto en esa afirmación como en su propuesta de penetrar en la complejidad del proceso político, indagar en la relación establecida entre los actores y el contexto en el cual se desenvuelven, reconocer las peculiaridades de sus prácticas, las relaciones constitutivas de la trama social, los conflictos que se dirimen y las representaciones en que los sujetos fundan su conducta, Béjar expresaba con claridad la necesidad de comprender la construcción de la vida política desde perspectivas renovadas que comparían buena parte de los historiadores.

Como adelanté, esas aspiraciones se inscribían en un cambio de paradigma internacional del campo historiográfico y de las ciencias sociales en su conjunto, tal como años más tarde señalaron Olga Echeverría y Lucía Lionetti (2003). Las autoras señalaron que las transformaciones de la historia política ya se encontraban reflejadas en su madurez en la compilación de René Rémond *Pour une histoire politique* (1988), en la cual los participantes daban cuenta de una historia diversificada en sus objetos y relegitimada por la confluencia de múltiples disciplinas. En efecto, en esa obra coral fueron abordados numerosos temas y problemas que en adelante frecuentamos: actores políticos, sistemas de representación, elecciones, clientelismo político, partidos, entramados de redes sociales, políticas y asociaciones subyacentes a las organizaciones partidarias, opinión pública, trayectorias políticas, biografías, ideas, discursos, influencia de los medios masivos, intelectuales y política, problemas hacia los cuales orientó su atención una historia que ya no sólo hablaba de “la” política sino que se apropiaba de “lo” político.

Casi paralelamente a la publicación de ese libro, el *Anuario* recogió y dio a conocer las transformaciones de la historiografía internacional. A fines de la década de 1980 y

comienzos de la siguiente, fueron publicados dos artículos de François-Xavier Guerra, “historiador francés nacido en Vigo, España” –tal como expresaba en su CV–, quien tuvo una influencia decisiva en la manera de hacer historia política en Argentina y Latinoamérica, especialmente entre historiadores e historiadoras en formación.

En el primero de ellos (1989), Guerra proponía dotar de un aparato conceptual a las reflexiones sobre la historia de América Latina en el siglo XIX, desde una interpretación centrada en el pasaje del Antiguo Régimen a la Modernidad. Pero, además, interesa destacar que convocaba a construir una nueva historia política, rescatándola del lugar a la que había sido relegada por la prevalencia de los análisis estructuralistas, que hasta la habían reducido a la traducción en política de relaciones o conflictos socioeconómicos. Guerra reivindicaba al actor individual o colectivo –“Sin actor no hay acción”, afirmaba– y al acontecimiento. Con su bagaje erudito y mucho oficio, sostenía que los actores colectivos no podían interpretarse como una agregación de individuos yuxtapuestos, sino a partir de los lazos establecidos (y preestablecidos) en grupos y sociedades específicas. Si en las sociedades de Antiguo Régimen los grupos (étnicos, comunidades, señoríos, entre otros) eran los actores por excelencia, en las modernas eran los individuos quienes por voluntad de asociación fundamentaban la legitimidad política, razón por la cual era posible redefinir permanentemente los términos de esas asociaciones donde se establecían vínculos igualitarios y, a la vez, se disputaban la autoridad y la posibilidad de encarnar la voluntad del grupo. Convertida en pueblo o nación por la voluntad de asociación de los individuos, la sociedad necesitaba del esfuerzo de los actores para transformar la heterogeneidad en una unidad de opinión. Esa tarea quedaba en manos de personal político especializado, entre cuyos atributos destacaba la importancia de la palabra y la pluma convertidas en discurso para generar opinión en el pueblo soberano. Es decir, la representación había cambiado en las sociedades modernas porque el modo de traducir el pasaje del representado al representante ya no se daba a partir de asociaciones preexistentes, sino que era facilitado por políticos y mediadores que conectaban a las élites con esa gran parte de la población que parecía estar fuera de la política. De allí la importancia de la prosopografía, que Guerra contribuyó a difundir, para identificar la inserción social del individuo y reconocer el tipo de vínculos que lo ligaban con la política.

En relación con el anterior, el segundo artículo de Guerra (1992) puso el énfasis en las continuidades entre Antiguo Régimen y Modernidad, resaltando la pervivencia de formas tradicionales de organización y representación política encarnada por caciques y caudillos, figuras de la política que se hacen presentes aun en los regímenes políticos actuales. A la luz de esas persistencias, Guerra cuestionaba las concepciones normativistas y hasta moralistas de la democracia, fundadas en la soberanía del pueblo y del individuo-ciudadano independiente y libre, que la idealizan como la asociación de iguales reunidos para alcanzar un fin político. Rechazaba que la existencia de esos actores, sus prácticas de dominación y el hecho de que el ejercicio de una autoridad fundada en la costumbre fueran necesariamente vicios que restringen la libre manifestación

de los ciudadanos. Asumía una perspectiva realista de la política cuando consideraba a esos actores como mediadores, un nexo necesario entre las élites y la sociedad a la que traducían el lenguaje del Estado. Guerra puso en valor los vínculos, comportamientos y valores políticos “tradicionales” que se introducían aún en las sociedades actuales, en el Estado y también en organizaciones como los sindicatos y los partidos políticos. Los vínculos de amistad, parentesco y clientela, sostenía, siguen estructurando a algunos grupos; de ahí la pervivencia de testaferros, cargos asignados a fieles a cambio de lealtad, que ponen en práctica formas de control y hasta manipulación de las elecciones.

Ambos artículos se incorporaron a las lecturas fundamentales de los historiadores de la política y lo político. Hoy no impactan por su novedad como entonces, ya que remiten a un conjunto de problemas y de aproximaciones que han orientado buena parte de las investigaciones con cuya lectura estamos familiarizados. Pero la introducción de un conjunto de cuestiones vinculadas a la representación y la legitimidad de los representantes, el estudio de los contenidos de los discursos en relación con la formación de opinión, la existencia de mediadores políticos como continuidad de prácticas preexistentes y no como formas corruptas o vicios de los sistemas políticos, la identificación de los lazos entre actores políticos y sociedad de los que derivan distintas formas de dominación y ejercicio de la autoridad, y otros tantos temas que venían a poner en cuestión cierto deber ser de la democracia que orientaba las formas de hacer historia, en el momento resultaban novedosas.

Lo que quiero sostener a partir de estos ejemplos es que el *Anuario* puso a disposición de sus lectores herramientas que contribuyeron a la inscripción de nuestras investigaciones en la *nueva historia política*. Incluso anticipó publicaciones que más tarde aparecerían en Europa. Sin ir más lejos, el primer texto de Guerra fue publicado en Francia, en las actas de un coloquio en homenaje a su maestro, François Chevalier, en 1990. Nótese el valor que tenía el acceso a la producción internacional antes de la digitalización, cuando las revistas científicas especializadas en historia y ciencias sociales no proliferaban en el país y pocas veces se encontraban en las magras y desactualizadas bibliotecas de las universidades nacionales.

De la expansión temática y las profundas innovaciones en lo metodológico también dio cuenta Paula Alonso (1998). La autora incorporó a los aspectos anteriores las transformaciones internas de la disciplina en relación con giros lingüísticos, interpretativos, retóricos, los que, sumados a la vinculación con la antropología, la literatura y la lingüística –a los que podemos agregar los que ya habían aportado la sociología, la economía y, con posterioridad, la ciencia política– llevaron a cuestionar el positivismo científico y la universalidad de los puntos de vista.

Transformada y ampliada, la historia política parecía carecer de límites, expandiéndose hacia actores que, indudablemente, inciden o hacen a lo político y a la formación de identidades: Iglesia, sindicatos, intelectuales, mujeres, movimientos sociales, movilizaciones populares (María Estela Spinelli 2000), los que han proliferado y ganado en especificidad, al punto de dar lugar a la formación de campos de investigación con voz propia.

HISTORIA POLÍTICA Y JUEGOS DE ESCALA DE ANÁLISIS

El *Anuario* contribuyó a la publicación de artículos que analizan fenómenos amplios a escala reducida. Esto permite observar las manifestaciones singulares del impacto que dichos fenómenos adquieren en espacios delimitados, donde se asientan en tradiciones, comportamientos, actores, estilos y prácticas políticas previas. Sustentados en evidencia empírica sólida, la aproximación a escala, en espacios de producción de lo político, permite comprender la diversidad subyacente a problemas que suelen –o solían– ser interpretados a partir de la generalización de comportamientos producidos en espacios centrales.

Las investigaciones sobre localidades, provincias, regiones en su especificidad o en relación con jurisdicciones que los contienen han sido recurrentes en los estudios históricos mucho antes de que otras ciencias sociales propusieran la categoría subnacional. Por razones prácticas, es decir, porque las fuentes escritas se encontraban en los repositorios de los archivos provinciales próximos a los historiadores, las investigaciones sobre esos espacios son de larga data: anteceden a la aceptación de las reglas metodológicas que condujeron a la profesionalización de nuestra disciplina y proliferaron bajo el paradigma positivista.

En los años 80 y 90 recibieron un impulso renovado. En tal sentido, recuérdense los análisis sobre comienzos del siglo XIX que cuestionaron la preexistencia de la nación y estimularon el abordaje histórico de regiones y provincias, lo que ofreció otro modo de comprender la formación de los Estados provinciales y del Estado nacional (José Carlos Chiaramonte 1995).

También tuvieron un nuevo empuje a partir de la reducción de la escala de análisis propuesta por la microhistoria italiana y expandida desde centros franceses de excelencia. El desembarco de esa propuesta en nuestra historiografía ofreció una perspectiva que rindió muy buenos frutos. Las obras de Carlo Ginzburg (*El queso y los gusanos...*) y Giovanni Levi (*La herencia inmaterial...*) tuvieron fuerte impacto en algunas universidades de Argentina a comienzos de los años noventa, de manera que esta perspectiva se encontraba expandida cuando en 1995, al cumplir diez años, el *Anuario* tradujo un balance de Jacques Revel, denominado “Microanálisis y construcción de lo social”. Este considera esa aproximación, beneficiaria de la relación con la antropología, como inescindible de la práctica del historiador. La presenta como un procedimiento crítico ante un modelo dominante que suponía la continuidad entre procesos que se daban en una parroquia, una región, una ciudad. Con precisión, afirmaba que “Cambiar el foco del objetivo no es solamente aumentar (o disminuir) el tamaño del objeto en el visor, sino también modificar la historia y la trama” (p. 129), y cerraba el artículo comparando ese procedimiento con el film *Blow up*, dirigido por Michelangelo Antonioni, en el cual un fotógrafo ampliaba una imagen captada por la lente de su cámara y, al prestar atención hacia el objeto ampliado, develaba un crimen (p. 143). Nueva pista, otra trama.

Tomemos el caso de un estudio a escala micro, publicado antes de que se generalizara ese procedimiento. Me refiero a “Peronismo en Tandil. ¿Perpetuación conservadora, desprendimiento radical o génesis sindical? 1943-1948”, de Sandra Gayol, Julio Melon Pirro y Mabel Roig. Aquellos jóvenes investigadores recuperaron las especificidades de la formación y la evolución del peronismo durante el primer gobierno peronista en la ciudad donde cursaron su licenciatura. El análisis en un espacio acotado, sostenido en una sólida evidencia empírica y sin perder de vista la relación de los procesos locales con los provinciales y nacionales, mostró las especificidades de la construcción del peronismo en una localidad bonaerense que puso en cuestión la homogeneidad de causas atribuidas a la formación de ese movimiento por las interpretaciones predominantes en aquellos años. Estas eran: la primacía del Partido Laborista por sobre el resto de las fuerzas coaligadas que se presentaron a elecciones con ese sello, la falta de autonomía del movimiento obrero organizado –base del voto peronista–, el apoyo electoral de obreros nuevos que –siguiendo una práctica paternalista–, decidieron apoyar a Perón y, para la provincia de Buenos Aires, el trasvasamiento de cuadros del Partido Conservador. El análisis focalizado en Tandil mostró especificidades tales como que las formaciones político-partidarias gravitaron más que las organizaciones gremiales en la construcción del movimiento. Esa prioridad nacía de vínculos interpersonales fundados en lazos preexistentes, establecidos con mayor éxito por dirigentes y caudillos de Unión Cívica Radical Junta Renovadora que por los laboristas, seguidores de un individuo recientemente retornado a la ciudad, que improvisó la formación de un Partido Laborista reclutando adherentes y simpatizantes de un desarticulado nacionalismo. Los autores no registraron el trasvasamiento de adhesiones de los conservadores, salvo en algunos espacios rurales escasamente poblados donde intervienen mediadores políticos de ese signo. Por otra parte, mostraron la autonomía del movimiento obrero con respecto al Partido Laborista y la presencia de sindicatos que se mantuvieron autónomos, aun con posterioridad a las elecciones del 26 de febrero de 1946, cuyo apoyo fue disputado tanto por partidarios del arco peronista como de la oposición. La adhesión de la organización obrera local a la CGT se habría debido más a cuestiones sindicales específicas que al apoyo al Partido Peronista. En suma, se trata de una investigación histórica, de carácter monográfico, a escala micro –y no únicamente local– que permite confrontar los resultados obtenidos con afirmaciones sobre el origen y el curso de los años iniciales del peronismo, hasta las elecciones de 1948. La mirada pormenorizada aporta resultados que cuestionan las explicaciones generales y más homogéneas.

Pero volvamos a las formas de hacer *nueva historia política* sobre las provincias, retomando el artículo de María Dolores Béjar (*Anuario*, n° 1, 1986, pp. 199-227), en el cual analiza la especificidad de la vida política de Buenos Aires en la década de 1930 desde un estudio pormenorizado del Partido Conservador, un actor decisivo el período, que tanto condiciona a los gobiernos que ejerce como es condicionado por la sociedad. Béjar indaga al partido en un doble sentido. En primer término, internamente, identi-

ficando dirigentes centrales y locales, pugnas y enfrentamientos dentro de la organización que inciden en el gobierno y contribuyen a la imposibilidad de aglutinar a las derechas, y luego en relación con otras fuerzas políticas, de donde deriva una mejor comprensión de las posibilidades y el posicionamiento del partido. En segundo lugar, lo analiza en relación con los gobiernos conservadores de la década, desde donde se promueve una reestructuración del Estado que la autora identifica en relación con el fortalecimiento del poder ejecutivo, la pérdida de independencia del poder judicial y su deriva, en cuanto al control gubernamental de las elecciones mediante el fraude. En todo momento, el objeto de estudio es analizado a la luz de la especificidad de lo político, identificando que quienes compiten en la escena política lo hacen con reglas del propio campo y no como representantes de una clase social. De esa manera, el Partido Conservador contribuye a que la provincia sea un espacio de producción de lo político.

Recientemente, el *Anuario* alcanzó una meta cara a las historiadoras y los historiadores: hilvanar la historia de los siglos XIX y XX en torno lo político. En efecto, en oportunidad de cumplirse el bicentenario de la provincia de Buenos Aires, Juan Quintián coordinó la publicación del dossier “Bicentenario de la provincia de Buenos Aires. Un aniversario inadvertido” (*Anuario IEHS*, 37 (1), 2022, pp. 125-268). Invitó a autoras y autores que habíamos publicado en este medio “en el marco de la renovación historiográfica que la revista protagonizó en la década de 1980” (p. 125), con aportes referidos a coyunturas y problemas “clave de la historia provincial: orígenes y creación, la relación entre el gobierno provincial y los municipios durante los gobiernos radicales, la movilización femenina durante el peronismo, la experiencia del gobierno intransigente, una síntesis de la dinámica política provincial desde la transición democrática hasta 2001 y un balance de largo plazo que recorre las particularidades que adquirió la provincia en el sistema político argentino” (p. 126). El conjunto de artículos de base empírica es atravesado por ejes comunes que remiten a los fundamentos de los conflictos políticos argentinos, las tensiones entre provincia y nación, los partidos políticos de gobierno y de oposición, la presencia de liderazgos, la participación política, los regímenes políticos, la formación de coaliciones político-electorales, las reformas constitucionales. Todos ellos se inscriben, sin forzar la articulación de una única temática, en los modos en que se plasmó la Nueva Historia Política a cuya expansión contribuyó el *Anuario*.

Esta síntesis no hace justicia a los numerosos aportes de una revista que tanto enriqueció nuestro campo de estudios. Pero la selección escogida constituye una muestra de la renovación historiográfica que alentó desde sus páginas, incluyendo la reducción de la escala de análisis. Queda por desearle una larga vida al *Anuario IEHS*, tan fructífera como la trayectoria de sus primeros cuarenta años, que refleje las transformaciones que mantienen viva nuestra profesión.

REFERENCIAS

- ALONSO, PAULA, 1998. La reciente historia política de Argentina del ochenta al Centenario. *Anuario IEHS*, nº 13, pp. 393-418.
- BÉJAR, MARÍA DOLORES, 1986. Otra vez la historia política. El conservadorismo bonaerense en los años treinta. *Anuario IEHS*, nº 1, pp. 199-227.
- CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS, 1995. Acerca de los orígenes del Estado en el Río de la Plata. *Anuario IEHS*, nº 10, pp. 27-50.
- ECHEVERRÍA, OLGA & LIONETTI, LUCÍA, 2003. La complejidad de lo político. *Anuario IEHS*, nº 18, pp. 191-199.
- GAYOL, SANDRA, MELON PIRRO, JULIO & ROIG, MABEL, 1988. Peronismo en Tandil. ¿Perpetuación conservadora, desprendimiento radical o génesis sindical? 1943-1948. *Anuario IEHS*, nº 3, pp. 313-343.
- GUERRA, FRANÇOIS-XAVIER, 1989. Hacia una nueva historia política. Actores sociales y actores políticos. *Anuario IEHS*, nº 4, pp. 243-264.
- GUERRA, FRANÇOIS XAVIER, 1992. Los orígenes socioculturales del caciquismo. *Anuario IEHS*, nº 7, pp. 181-195.
- RÉMOND, RENÉ, 1988. *Pour une histoire politique*. Paris, Seuil.
- REVEL, JACQUES, 1995. Microanálisis y construcción de lo social. *Anuario IEHS*, nº 10, pp. 125-143.
- SPINELLI, MARÍA ESTELA, 2000. Historia de las ideas políticas en el siglo xx. *Anuario IEHS*, nº 15, pp. 208-210.